

Juan Pedro VIQUEIRA ALBÁN, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 302 pp.

Juan Pedro Viqueira nos ofrece en este libro un nuevo enfoque de la historia de México a partir del estudio de las mentalidades. Y a la inversa, podríamos decir también que enriquece de algún modo la historia de las mentalidades con este acercamiento peculiar a la historia del México colonial. Uno de sus méritos es abrir un nuevo camino, por el que además transita exitosamente. Por ello no es fácil encasillar esta obra en una determinada escuela o tendencia, ya que la temática y el tipo de preocupaciones la hacen emparentar con las nuevas formas de aproximación a los comportamientos individuales y colectivos, mientras que su metodología y esquema encajan en la tradición de la historia social.

El empleo de listas de precios, volumen de mercancías y oscilaciones de la producción añaden posibilidades de interpretación de la sociedad colonial dentro de su realidad cotidiana. Se mencionan, desde luego, las expresiones correspondientes del discurso oficial sobre diversión y esparcimiento aceptado o reprochable, y se ponen de relieve las actitudes representativas de una nueva mentalidad, de un cambio en la política oficial y de una resistencia, más o menos declarada, por parte de los grupos populares, a las modas afrancesadas o a las progresivas exigencias de control social.

El autor arriesga hipótesis que tienen que ver con las causas de la persistencia de determinadas tradiciones y el desarraigo de otras. En general puede afirmarse que sus intuiciones resultan convincentes, aunque hay algunas que quedan pendientes de comprobación o que pueden dar pie a posiciones polémicas. Tal es el caso de su propuesta de que una subida general de precios redunde en la disminución de la embriaguez, por falta de capacidad económica para el consumo de pulque entre la población de más bajos recursos.* Su argumentación parece impecable en cuanto a los datos que maneja, pero creo que falta la consideración de otras variables como la introducción de nuevas bebidas (en especial las destiladas), la modificación de hábitos de consumo en algunos

* Según expresa el autor, y lo fundamenta en listas de precios de maíz y de consumo de pulque, "si los alimentos subían de precio, la gente del pueblo tenía menos dinero para gastar en pulque y su consumo disminuía" (p. 197).

grupos de población, o la apertura de nuevos mercados independientes en áreas que antes se abastecían a partir de la capital.

Lo que resalta a lo largo de todos los capítulos es el empeño por plantearse preguntas y encontrar explicaciones que, aunque sean provisionales, sirven de base para nuevas interrogantes. Y estas explicaciones, sugeridas por el estudio de las diversiones públicas, llevan a generalizar formas de comportamiento y prácticas sociales en abierta contradicción con lo que constituía el discurso oficial.

La elección del siglo XVIII es otro de los aciertos iniciales del autor, porque no sólo se trata de un momento privilegiado para el estudio de los cambios de todo orden, sino que abundan las fuentes para su conocimiento y se facilita la comparación con fenómenos paralelos producidos en otros ámbitos. Resulta, pues, que el título y el tema anuncian una modestia de aspiraciones que es ampliamente superada por el contenido de la obra. Los toros, el teatro o los titiriteros, serían buen pretexto para descripciones pintorescas y estudios antropológicos, interesantes desde muchos puntos de vista, pero irrelevantes para el conocimiento de la evolución histórica de nuestra sociedad. La política real, las reformas administrativas, los prejuicios étnicos en ascenso y la realidad de un mestizaje variado y pujante, proporcionan el marco adecuado a la evolución de los festejos y el significado de su arraigo.

El autor distribuye los capítulos según el tipo de diversión a la que se refiere, pero ello implica al mismo tiempo un cierto criterio cronológico, puesto que comienza con lo más viejo y tradicional para terminar con la introducción de nuevas aficiones y entretenimientos. Son en total cuatro capítulos, precedidos por un breve y sustancioso preámbulo, que plantea cuestiones esenciales como el discutible relajamiento de las costumbres y el cambio de actitud de las autoridades hacia manifestaciones populares antes toleradas y acaso aplaudidas. Hay dos preguntas clave: "¿algo había cambiado en la Nueva España . . . ¿no será más bien el Estado el que había dejado de ser el mismo . . . o serían los dos, Estado español y sociedad novohispana, los que se habrían modificado profundamente en este siglo?" A partir de aquí se desarrollan los temas, siempre analizados desde la doble perspectiva de la legislación y la práctica, y siempre en busca de la profunda razón que impulsaba al pueblo y a sus gobernantes a adoptar determinadas actitudes.

La definición de las corridas de toros como "la fiesta estamentaria", señala una de las preocupaciones del autor, que encuentra rastros del interés de las autoridades por reglamentar las diversiones públicas desde fechas muy tempranas. Para ello se refiere a re-

ales cédulas del siglo XVII y a las numerosas disposiciones promulgadas durante el XVIII, con la contradicción aparente de que un gobierno dispuesto a modernizar la sociedad tenía que recurrir a los elementos tradicionales y estabilizadores de un orden estamentario que comenzaba a verse amenazado. Las personalidades de los virreyes y sus gustos particulares influyeron de tal modo que la fiesta de los toros sufrió los vaivenes de sus aficiones y sus prejuicios. La prohibición de las corridas en 1805 se cumplió rigurosamente, pero sólo por una breve temporada; el desorden procedido de las abdicaciones reales y el vacío de poder por desconocimiento del rey francés permitieron una restauración de la fiesta brava, que resurgió a partir de 1813 y que sirvió para mostrar ante el pueblo la solidez de las tradiciones cuando la reacción monárquica derrotó temporalmente a los insurgentes.

Frente a la discutida situación de la fiesta de los toros, representativa de la reacción, el teatro se convirtió durante el Siglo de las Luces en la diversión pública más protegida y fomentada por las autoridades y los ilustrados. En el estudio de Juan Pedro Viqueira, el teatro se convierte en campo de batalla de la corriente popular y la progresista o ilustrada. Las representaciones teatrales tenían una larga tradición, procedente del siglo XVI, cuando los acontecimientos festivos de la vida urbana se celebraban con una o varias comedias. Durante los siglos XVI y XVII los escasos grupos de comediantes que actuaban en la Nueva España no daban abasto para satisfacer las solicitudes. Lo que cambió en el XVIII fue el gusto de los grupos ilustrados y la actitud de las autoridades, que consideraron el teatro como uno de los medios más efectivos para mejorar la educación popular. En su afán de imponer orden y eliminar las obras y entremeses de mal gusto, los virreyes recurrieron a medidas represivas contra los empresarios, actores y directores teatrales.

El desorden que tanto escandalizaba en los escenarios tenía su manifestación más completa en las diversiones callejeras, a las que Viqueira dedica al más largo de sus capítulos. Bailes y paseos, coloquios, posadas y jamaicas constituían otros tantos motivos de esparcimiento y daban ocasión para entablar relaciones más o menos pasajeras y acaso peligrosas para el buen nombre de algunas doncellas. Queda claro que el juicio con que se apreciaba las fiestas de las clases altas era mucho más tolerante y condescendiente que el aplicado a los grupos populares, siempre acusados de procaacidad en sus diálogos, desmesura en sus voces y atrevimiento en sus actitudes.

El problema de la embriaguez mereció una atención especial de los funcionarios reales, y también a él dedica el autor una parte importante de su trabajo. Aunque no lo menciona explícitamente, induce a la meditación el hecho de que la embriaguez constituyese parte inseparable de las diversiones callejeras en las fiestas de la ciudad. Por otra parte, cualquier momento era bueno para beber pulque, de modo que los viajeros comentaban con desagrado la abundancia de borrachos que se veían por las calles.

El último capítulo, dedicado a la introducción del juego de pelota, como novedad propia del siglo XVIII, es también una recapitulación de consideraciones anteriores a manera de conclusión general. La disputa por los beneficios del juego, entre el hospital de San Andrés y los padres de San Camilo, es reflejo de las distintas actitudes de la sociedad dieciochesca, cada vez menos familiarizada con la muerte y más confiada en los beneficios de una atención adecuada a los enfermos. Otra novedad propia de la época fue el intento —en gran parte llevado a la práctica—, de prohibir la entrada de la plebe a los frontones. Primero se encomendó a los porteros el control de la entrada, que estaría prohibida a quienes por su ropa y aspecto no demostrasen ser “gente decente”; después se comenzó a cobrar medio real por la entrada, para disuadir a los trabajadores, a quienes sólo correspondía estar en el trabajo o en su casa, reponiendo fuerzas para la siguiente jornada.

Las diferencias entre la metrópoli y sus colonias se acentuaban a medida que transcurrían los años, y en el terreno de las diversiones, el siglo XVIII señala cambios importantes, como la actitud opuesta de los ricos y aristócratas, que en la península intentan mezclarse con el pueblo e idealizan los sanos goces de las fiestas campesinas, mientras que en la Nueva España los trabajadores forman esa plebe que se desprecia y de la que se desconfía, y los campesinos no son tales sino indios, con los que cualquier promiscuidad es impensable.

Las líneas finales, como meditación sociológica sobre el futuro de la humanidad, señalan hasta qué punto las pretensiones de difusión de la cultura se convirtieron en exclusión de unos grupos para beneficio de otros, y de qué modo esa homogeneización que hoy se vislumbra tomó la forma de cierta masificación o adaptación de modelos fijos para determinadas capas sociales, bien diferenciadas entre sí.

El libro de Viqueira es una interesante aportación a la historia colonial, apoyada en una sólida investigación, orientada hacia preguntas trascendentales y expuesta con una redacción amena y

atractiva. Como ejemplo de historia de las mentalidades se constituye en una de sus más sólidas expresiones.

Pilar GONZALBO AIZPURU
El Colegio de México

Fernando DEL PASO, *Noticias del Imperio*. México, Editorial Diana, 1987, 670 pp.

La reseña de una novela —aunque sea histórica— en una publicación especializada podría causar extrañeza, sobre todo si consideramos que este género ha sido visto tradicionalmente por los historiadores como parte de la ficción. No obstante, la calidad y la difusión alcanzadas por *Noticias del Imperio* justifican su presencia y el interés de los especialistas. Desde el punto de vista de su circulación, esta obra reúne una serie de atributos, de los cuales en general carecen las obras históricas. Por una parte, dado el éxito de librería en que se ha convertido, ha llegado y llegará a un vasto público que habitualmente no es afecto a los trabajos historiográficos; por otra, la versión a diferentes idiomas lo hará accesible a lectores extranjeros que conocen muy poco de México y mucho menos su historia. Si a esto unimos que en sus páginas se encuentra la visión de un escritor mexicano que combina sus cualidades literarias con las de agudo analista histórico y ofrece su percepción y su interpretación sobre la aventura imperial, nuestras virtudes y defectos, lo que hemos sido y somos, nos encontramos ante la divulgación entre un público más amplio de la visión latinoamericana acerca de un evento colonialista.

La novela histórica probablemente sea la mayor tentación que se ofrece al historiador consciente de que la frontera entre la literatura y la historia o las ciencias sociales es tan difusa en términos de reconstrucción, objetividad o validez temporal de una interpretación. Quizás el barroco exuberante utilizado por Del Paso sea la manera más apropiada para acercarse a la realidad latinoamericana, tan abigarrada y absurda a las miradas ajenas y tan cotidiana y natural a las propias. Ese estilo, que en cierto sentido podría ser visto como un escollo, es precisamente lo que le da fluidez al relato y permite la reproducción de un momento específico del acontecer mexicano. El historiador que aspira a la historia total, a aquella que logre mostrar la realidad tal como fue, en que coe-